

contiene; la libertad os permite no soportar su yugo. Es necesario, pues, algo mas que proponeros lo verdadero, algo mas que definiroslo, algo mas que demostrároslo; es necesario persuadíroslo, Persuadir, señores, hé aquí el eterno honor de la palabra humana y divina; hé aquí la victoria de que Montaigne debía decir, y no de la de Marathon ó de Platea, *que es la mas bella que hayan visto los ojos del sol*; porque es la victoria del pensamiento sobre las dos potestades mas grandes del mundo, la debilidad y la libertad.

Pero ¿cómo y por qué persuadir? Escuchad un ejemplo de esto.

En 1738 hallábase gobernada Inglaterra por un ministro que queria la paz, y que la queria á toda costa. En aquel mismo tiempo fué apresado en la mar un marinero inglés, y ultrajado y mutilado por españoles, acontecimiento que produjo en toda Inglaterra un gran movimiento de indignacion pública. No obstante, el ministerio queria conservar la paz, y el parlamento británico tambien. Dejése ver en las calles de Londres el marinero, mostrando en ellas los sangrientos vestigios de las injurias que habia recibido; y conmovió tan perfectamente con este espectáculo el orgullo popular, que no pudo evitar el parlamento verle y oír su queja. Entró, pues, en la cámara de los Comunes, y despues de haber contado con una brevedad calmada y sencilla el atentado de que habia sido víctima, terminó con estas palabras: « Despues de haberme mutilado de esta suerte los españoles, quisieron atemorizarme con la muerte; pero yo acepté la muerte como habia aceptado el ultraje, encomendando mi alma á Dios y mi venganza á mi patria. » Declaróse la guerra. Este hombre sin instruccion, no necesitó mas que un cuarto de hora para mudar los consejos de su país, para obligar al ministerio á sacar la espada, al parlamento á votar los subsidios, á la nacion á aplaudir, y á la sangre humana á pasar por encima del ultraje. Habia logrado persuadir.

Y todos los dias, señores, asistís á estos triunfos de la palabra; ó al menos, si son mas raros de lo que digo, asistís á ellos algunas veces, aunque no sea mas que en recuerdos, transportándoos mentalmente á las escenas famosas de la elocuencia. Oís á Demóstenes obteniendo la condenacion de Eschines; á Ciceron haciendo caer de las manos de César la sentencia de Ligario; y os preguntais en qué consiste este arte soberano, sin el cual no están seguras de vencer la razon y la justicia, y por el que vence con frecuencia el error y la pasion. Sí, la palabra elocuente es una dominadora que se hace obedecer; pero ¿qué es la elocuencia? ¿qué mas puede

poner en la palabra que la luz y la verdad? ¿Hay algo en el mundo mas persuasivo que la luz, mas fuerte que la verdad? Sí, señores, lo que es mas fuerte que la verdad, es el principio de donde emana; lo que es mas persuasivo que la luz, es el foco de donde brota; lo que es mas grande que la palabra, es el alma donde ella vive y de donde sale. La elocuencia es el alma misma; la elocuencia es el alma rompiendo todos los diques de la carne, abandonando el seno que la lleva, y arrojándose á discrecion en el alma de otro. Despues de esto, admiráos de que mande, de que reine; lo creo bien, es una alma puesta en el lugar de la vuestra. No es natural y sencillo que esta alma que está con vosotros, en vosotros, que es vosotros mismos, mas que vosotros mismos, os diga: ¡vete! y os vais; ¡ven! y venis; ¡dobla la rodilla! y doblais la rodilla.

Brevemente, el misterio de la palabra en el estado de elocuencia es la sustitucion del alma que habla á el alma que escucha; ó hablando con una exactitud á que nada puede objetarse, es la fusion del alma que habla con el alma que escucha. La elocuencia no tiene mas que un rival, y aun este rival no lo es, sino porque es elocuente: tal es el amor. El amor, como la elocuencia, funde los corazones, y su poder, tan desemejante en apariencia, tiene la misma causa y el mismo efecto.

Ahora bien, lo mismo á Dios que al hombre, no le basta proponer, definir y demostrar lo verdadero. Porque Dios encuentra á su palabra los mismos obstáculos que el hombre á la suya, y mayores aún. En lugar de que la palabra humana no es mas que el órgano de los pensamientos accesibles á las inteligencias finitas, y que tienen su raíz con su prueba en la órbita natural de la razon, la palabra divina, esencialmente reveladora, lleva consigo verdades de que el universo es apenas la sombra, de que la razon no es mas que un reflejo, y á las cuales no es aplicable otra medida que lo infinito. Si pues el hombre es débil ante las cosas que ve y que toca, si es para él un laberinto su propia historia, y un abismo su propio espíritu, ¿qué será ante lo infinito descubierto por una simple afirmacion? Si es libre contra el hombre, ¿cuánto mas no lo será contra Dios, ser colocado tan lejos de él, y tanto menos violento en sus operaciones, cuanto que es dueño absoluto de todo? Sin duda le apoyará Dios con signos evidentes para dar crédito á su palabra; pero estos mismos signos estarán sujetos á discusion, y aun cuando el espíritu, mudo en su presencia, no supiera qué oponer al esplendor de su testimonio, hallaria siempre dentro de sí mismo, ya por

la oscuridad de la cosa revelada, ya por el solo esfuerzo de la libertad, un principio de resistencia y de ilusion. Los judíos vieron tres años á Jesucristo obrar en medio de ellos como árbitro soberano de la naturaleza; le han llevado por tres años todas las dolencias del cuerpo para que fuesen curadas con un soplo de su boca ó con el contacto de sus vestiduras; han asistido á los milagros de su muerte, despues de haber sido espectadores de los milagros de su vida; y no obstante, á pesar de tantos signos de que eran testigos, á pesar de las profecías anteriores de que eran depositarios y cuya realizacion esperaban, ha permanecido sobre sus ojos un velo. No han podido creer en la humildad de Dios; tal vez les hubiera convertido el rayo, pero la bondad les ha hecho ciegos é ingratos. Han encontrado á Dios sobrado pequeño para ellos, y las terribles majestades del Sinaí les han ocultado la misericordia que les visitaba. Así sucede con esa multitud de almas que languidecen ó se irritan en la incredulidad. Los milagros de sesenta siglos pasan ante ellas como un azar sin causa; confiesan que esto es grande y admirable, pero sin bajar su corazon al pié del misterio que cubren estas magnificencias perdidas para ellos. Segun la expresion de la Escritura, *ven y no ven, oyen y no entienden* (1); hállase en sus manos el libro de la vida con el sello inimitable de la omnipotencia divina; le miran, le tocan, piensan en él un momento, y pasan adelante.

Y si yo mismo aquí, señores, bajo estas bóvedas de Nuestra Señora, si yo mismo resucitase muertos en nombre de Cristo, ¿creéis que saldriais de aquí todos convencidos y todos convertidos? No; estoy seguro de que no, y toda la historia del cristianismo es la irrecusable prueba de ello.

No basta, pues, á la palabra de Dios para fijarse en las almas, autorizarse con milagros verdaderos; necesita vencer aún la resistencia del hombre á la verdad divina; fáltale conmovér, afectar, persuadir en fin. Es necesario que el espíritu de Dios, único capaz de contener lo infinito, descienda por una influencia inmediata al estrecho vaso de nuestro corazon, que le caliente, le inspire, le transfigure, y produzca en él, mejor que la elocuencia humana, la asimilacion del alma inferior al alma superior. En esto, señores, estriba todo el comercio de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Si el alma eterna no se aproxima realmente al alma creada, aun en el mundo, la religion no es mas que una ilusion sobre la cual debemos

(1) S. Lucas, cap. 8, vers. 10.

llorar. Debe escribirse á la puerta de sus templos, como á la puerta del infierno: *Vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza*. El espíritu de Dios es lo que da la vida á la palabra divina, como el espíritu del hombre es lo que da la vida á la palabra humana. La palabra, separada de su espíritu, no es mas que un muerto en un sepulcro. Ahora bien, estando Dios siempre vivo, su palabra lo está siempre tambien. Una vez enviada de su seno, donde quiera que vaya, y en cualquier forma que subsista, está asistida de su Padre que vive en ella, y ella por él. Mientras que la palabra humana se va á morir al primer surco que abre el tiempo, y no da al oido de las generaciones mas que un eco desdeñado de los que creen oírlo aún, la palabra divina siembra su inmortalidad en las ruínas del mundo. Ella es fecunda despues de mil años, como en el dia en que se dijo; ella inspira la misma fe, suscita las mismas obras, se reconoce en los mismos signos, y los borra todos por el de su vida.

Esta vida tiene un nombre célebre en la historia de las relaciones del hombre con Dios; llámase la gracia, es decir, el don inmerecido, el don por excelencia. ¡Y qué don, en efecto, mas grande que el espíritu de Dios mismo, puesto en contacto íntimo con el espíritu del hombre! Hé aquí la maravilla comenzada con el mundo, y cuya consumacion por Cristo anunciaban los profetas de hora en hora. David decia: *Señor, no me deseches de tu rostro, y no quites de mi tu Espíritu santo* (1). Salomon decia: *¿Y quién sabrá tu consejo si tú no le dices sabiduría, y desde lo mas alto enviases tu santo Espíritu* (2)? Isaías decia: *Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad* (3). Joél decia en nombre de Dios: *Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones* (4). El Precursor decia: *Yo en verdad os bautizo en agua, mas vendrá otro mas fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos; él os bautizará en Espíritu santo y fuego* (5). Y Jesucristo decia: *Y cuando os entregaren, no penseis cómo ó qué habeis de hablar, porque en aquella hora os será dado lo que hayais de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de mi Padre que habla en vosotros* (6). Y decia tambien: *Yo rogaré al Padre, y os*

(1) Salmo 50, vers. 13. — (2) Sabiduría, cap. 9, vers. 17. — (3) Is., cap. 11, vers. 2. — (4) Joél, cap. 2, vers. 28. — (5) S. Lucas, cap. 3, vers 16.

(6) S. Mateo, cap. 10, vers. 19 y 20.

dará otro consolador para que more siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad, á quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; mas vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros (1).

No es esto decir que Jesucristo, hijo de Dios y verdadero Dios, no hubiese comunicado á sus discípulos la gracia y la verdad de que él estaba lleno; sino que siendo el Verbo eterno, habia sido encargado mas particularmente de sembrar la palabra, que es el primer elemento profético, mientras que la efusion de la gracia, segundo elemento de la profecía, habia sido reservada en toda su plenitud á la tercera persona de la Santa Trinidad, coeternamente salida del Padre y del Hijo, fruto y lazo de su amor, término final de su fecundidad divina; y debiendo poner, á causa de esto, el sello final de la vida á la obra de Dios en el tiempo. Convenia tambien que los dos elementos proféticos, la palabra y la gracia, aunque inseparables uno de otro, tuviesen no obstante una emision distinta, á fin de que la humanidad, advertida por la magnitud de este doble acontecimiento, no se creyese capaz de comunicar con Dios, aun por medio de su palabra, sin la asistencia íntima y perpetua del espíritu divino. Tal fué el objeto y tal es el sentido de aquel famoso dia en que el Paráclito anunciado por Jesucristo descendió visiblemente sobre los Apóstoles, y arrancándoles los restos de debilidad y de oscuridad que aún conservaban, hizo de ellos esos hombres, cuya sangre, despues de la de Cristo, ha fundado en la tierra el reino de la verdad.

Pocos hay de vosotros, señores, que no hayan conocido por una experiencia personal la realidad del misterio profético. Todos habeis recibido la semilla de esta palabra, que no se parece á ninguna otra; todos un dia ú otro, niños ó jóvenes, habeis sentido en vuestra alma una uncion que la llenaba de luz, y os traía en castas lágrimas, el gusto del bien, el olvido de los sentidos, la paz y la presencia de Dios. En aquel dia todo se os dijo. Ningun hombre os volverá su alegría; ningun amor os volverá á traer su perfume, si no es el amor que se os dió entonces, y que, siendo la misma bondad divina, no espera de vosotros para amaros de nuevo mas que un arrepentimiento y un deseo. ¡Ojalá saqueis de vuestro corazon ese deseo y ese pesar, y que, por una segunda experiencia de la gracia, volvais á haceros siempre los hijos y los apóstoles de la única palabra que no engaña jamás.

(1) S. Juan, cap. 14, vers 16 y 17.

SERMON QUINCUGÉSIMO SÉPTIMO.

Del misterio, como objeto de la profecía.

Resulta de nuestra última conferencia, que las cosas reveladas de Dios por la profecía exceden al alcance natural de nuestro entendimiento, y están por consiguiente para nosotros fuera de toda demostracion y sobre toda comprension. Si no fuesen mas que indemostrables, el entendimiento se resignaria á ellas, puesto que hay verdades aun en el orden natural que se atestiguan y no se demuestran, tales como los hechos antiguos de que se compone la historia; y si el hombre obtiene crédito á su testimonio respecto de las cosas humanas, no se comprende bien porqué se lo ha de rehusar á Dios respecto de las cosas divinas. Pero hay en esto la diferencia de que el objeto de la profecía es incomprensible al mismo tiempo que indemostrable, y esto es lo que no quiere perdonarle el racionalismo. ¡Qué! dice, ¡presentais la profecía como la luz del mundo, y no obstante confesais vosotros mismos que no se la comprende! Llamais á vuestros dogmas con el nombre significativo de misterios; os vanagloriais en cierto modo de la oscuridad que reina en la revelacion; gritais segun vuestros libros: *¡Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios é impenetrables sus caminos (1)!* Pues bien, ¿cómo puede ser la luz del mundo lo que es misterioso, oscuro, inexcrutable, incomprensible en fin? Para nosotros, es decir, para todo hombre que no renuncia á su razon, el misterio es á un tiempo mismo inútil y absurdo; inútil, porque no se comprende su sentido; absurdo, porque en aquello cuyo sentido no se comprende, no hay nada racional.

Tal es, señores, la doble dificultad que surge ante nosotros, y que exige de mi parte aclaracion doble. Se nos dice que el misterio es inútil; yo probaré su utilidad: se añade que es absurdo; yo probaré su racionalidad.

Es cierto, señores, y sería una grande ilusion querer ocultároslo,

(1) Epistola á los Romanos, cap. 11, vers. 33.